Domingo 5 de marzo 1995

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Taslima Nasrin, escritora condenada a muerte:
"ODIO A LOS FUNDAMENTALISTAS"

VIÑAS RECUERDA:
6/7 *Los años 60 en "Claudia conversa", su nueva novela*

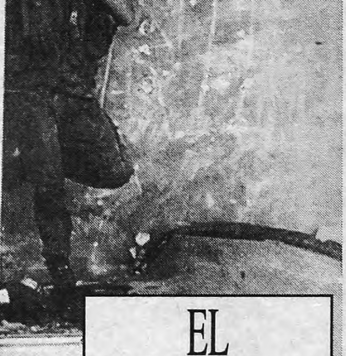
"ERA DE EXTREMOS. EL BREVE SIGLO XX: 1914-1991" DEL HISTORIADOR BRITANICO ERIC HOBSBAWM

UN SANDWICH DE HISTORIA

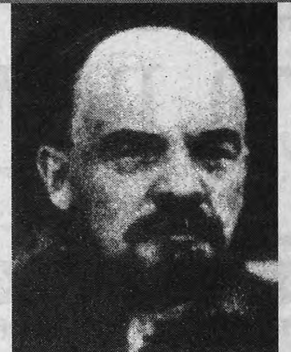
Con tres ingredientes –la Era de la Catástrofe, la Edad Dorada y las Décadas de Crisis– se hace, según el historiador británico Eric Hobsbawm, el sandwich de la historia del siglo XX. Siglo que ya terminó y que desmintió al refrán porque fue breve pero no bueno: en su último libro –del que se publica un fragmento en las páginas 2/3–, el autor de la trilogía integrada por "La Era de la Revolución", "La Era del Capital" y "La Era del Imperio" recorta el período 1914-1991 como el siglo XX propiamente dicho y no duda en calificarlo como "el más salvaje de la historia de la humanidad, dada la escala, frecuencia y duración de las guerras".

Sarajevo en los extremos del siglo XX: 1914, el asesinato que originó la Primera Guerra Mundial; 1991, guerra tras la caída de la URSS.





EL HEREDERO DE PUIG:
8 *La primera novela de Jaime Bayly*









EL SIGLO

Dos guerras mundiales e innumerables conflictos. El fascismo. La gran depresión. El bloque socialista. El Holocausto. La bomba atómica. La caída del Muro. El siglo XX no fue precisamente aburrido, parece; sí fue, en cambio, breve y cruel, según el historiador británico Eric Hobsbawm, que desarrolla estas ideas en su nuevo libro –del que aquí se reproduce un fragmento– "Era de Extremos. El breve siglo XX: 1914-1991".

ERIC HOBSBAWM

El 28 de junio de 1992 el presidente francés Mitterrand hizo una visita repentina y sin previo aviso a Sarajevo, ya entonces el centro de una guerra que iba a costar durante el resto del año unas ciento cincuenta mil vidas. Su fin era recordarle a la opinión pública mundial la gravedad de la criris bosnia. Desde luego que la presencia de un estadista distinguido, mayor y visiblemente enfermo, entre armas y fuego de artillería fue muy comentada y admirada. Sin embargo, un detalle de la visita del señor Mitterrand pasó virtualmente inadvertido, a pesar de ser central: la fecha. ¿Por qué el presidente de Francia eligió ir a Sarajevo justamente ese día? Porque el 28 de junio es el aniversario del asesinato, en Sarajevo, en 1914, del archiduque Franz Ferdinand de Austria-Hungría, que condujo, en cuestión de semanas, al estallido de la Primera Guerra Mundial. Para un europeo educado de la edad de Mitterrand saltaba a la vista la conexión entre la fecha, el lugar y el recuerdo de una catástrofe histórica precipitada por errores políticos. ¿Qué mejor modo de señalar las implicancias potenciales de la crisis bosnia que elegir una fecha tan simbólica? Pero casi nadie captó la alusión, excepto un puñado de historiadores y de gente vieja. La memoria histórica había dejado de existir.

La destrucción del pasado o, mejor dicho, de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia personal con la de generaciones anteriores es uno de los fenómenos más característicos e inquietantes de las postrimerías del siglo XX. La mayoría de los hombres y las mujeres jóvenes crecen en este fin de siglo en una especie de presente perpetuo, sin relaciones con el pasado público de los tiempos en que viven. Esto hace que los historiadores –cuyo trabajo es recordar lo que otros olvidan– sean tan esenciales en este final del segundo milenio como nunca fueron. Por esa misma razón deben ser más que simples cronistas, memoriosos y compiladores, aunque ésa es también la función obligada de un historiador. El propósito de este libro no es contar la historia del período del que se ocupa, el breve siglo XX, que comenzó en 1914 y terminó en 1991. Mi objetivo es entender y explicar *por qué* las cosas sucedieron como sucedieron y cómo se estructuraron. Para cualquiera de mi edad que haya vivido todo o casi todo el breve siglo XX inevitablemente se trata también de un esfuerzo autobiográfico: hablamos, ampliamos (y corregimos) nuestras propias memorias. Y hablamos como hombres y mujeres de un tiempo y un lugar determinados, comprometidos, de varias maneras, en su historia como actores en una obra (por insignificantes que sean nuestros papeles), como observadores de nuestros tiempos y, lo que no es menos, como gente cuyas miradas sobre el siglo se formaron por lo que hemos llegado a considerar sus eventos cruciales.

En este libro la estructura del breve siglo XX aparece como una especie de tríptico, un sandwich de historia. A una Era de la Catástrofe, desde 1914 hasta las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, siguieron veinticinco o treinta años de extraordinario crecimiento económico y transformación social, que probablemente cambiaron la sociedad humana con más profundidad que cualquier otro período así de breve.

Retrospectivamente se los puede ver como una especie de Edad Dorada, y de hecho así se los consideró una vez que terminaron, a comienzos de los 70. La última parte del siglo fue un nuevo tiempo de descomposición, incertidumbre y crisis, y ciertamente –para grandes partes del mundo como Africa, la ex Unión Soviética y los países que integraron la Europa socialista– de catástrofe. A medida que la década del 80 le cedía paso a la del 90, el tono de los que reflexionaban sobre el pasado y el futuro del siglo tomaba una melancolía *fin-de-siécle*. Desde la posición de ventaja de los 90, el breve siglo XX pasó por una efímera Edad Dorada en su tránsito de una era de crisis hacia otra, hacia un futuro incierto y problemático –las Décadas de Crisis– pero no necesariamente apocalíptico. Sin embargo, como quizá quieran señalar los historiadores a los que especulaban con el metafísico fin de la historia, habrá un futuro.

Durante los cuarenta años de la Era de la Catástrofe la sociedad fue tambaléandose de una calamidad a otra. La sacudieron dos guerras mundiales seguidas por dos olas globales de rebelión y revolución, que llevaron al poder a un sistema que se consideraba la alternativa históricamente predestinada a la sociedad burguesa y capitalista, primero en la sexta parte de la superficie del planeta y luego de la Segunda Guerra Mundial sobre la tercera parte de la población. Los enormes imperios coloniales, levantados antes y durante la era del imperio, recibieron el impacto y se desmoronaron. Toda la historia del imperialismo moderno, tan firme y segura de sí cuando murió la reina Victoria, no duró más que una vida humana, por ejemplo, la de Winston Churchill (1874-1965).

Más aún: una crisis económica mundial de profundidad sin precedentes puso de rodillas hasta a las economías capitalistas más fuertes y pareció revertir la creación de una economía universal, que había sido un logro tan remarcable del capitalismo liberal del siglo XIX. Inclusive Estados Unidos, a salvo de la guerra y la revolución, parecía a punto de colapsar. Mientras la economía se tambaleaba, las instituciones de la democracia liberal virtualmente desaparecieron entre 1917 y 1942, excepto en una franja de Europa, partes de América del Norte y Australasia, mientras avanzaban el fascismo y sus satelitales movimientos y regímenes autoritarios.

Sólo la alianza, temporaria y grotesca, entre el capitalismo liberal y el comunismo, porque era esencial la victoria sobre la Alemania de Hitler y sólo podía logrársela con el Ejército Rojo. De muchas maneras este período de la alianza capitalista-comunista contra el fascismo –en especial en los 30 y los 40– hace una bisagra en la historia del siglo XX y sus momentos decisivos. De muchas maneras es un momento históricamente paradójico en las relaciones entre el capitalismo y el comunismo, que durante casi todo el siglo –excepto este breve período de antifascismo– mantuvieron un irreconciliable antagonismo. La victoria de la Unión Soviética sobre Hitler fue el logro de un régimen instalado por la Revolución de Octubre. Sin ella, el mundo occidental estaría hoy probablemente conformado (fuera de Estados Unidos) por un conjunto de variaciones de temas fascistas y autoritarios, no liberales y parlamentarios. Una de las ironías de este siglo extraño es que el resultado más duradero de la Revolución de Octubre, cuyo fin era derribar el capitalismo, fue la salvación de su antagonista, tanto en la guerra como en la paz, proveyéndolo del incentivo, el miedo, para reformarse a sí mismo luego de la Segunda Guerra Mundial y, al popularizar el planeamiento de la economía, dándole algunos de los procedimientos de su reforma.

Apenas el capitalismo sobrevivió –aunque por poco– a la triple amenaza del hundimiento, el fascismo y la guerra, aún parecía tener que enfrentar el avance global de la revolución que se podía reunir en torno de la Unión Soviética, emergida como una superpotencia de la Segunda Guerra Mundial. Ahora podemos ver, retrospectivamente, que la amenaza global del socialismo al capitalismo era la debilidad de su oponente. Sin la caída de la sociedad decimonónica burguesa en la edad de la catástrofe no habrían existido la Revolución de Octubre ni la Unión Soviética. El sistema económico improvisado bajo el nombre de socialismo en las ruinas rurales del ex imperio zarista no se habría considerado a sí mismo ni hubiera sido considerado en ningún lado como una alternativa global y realista a la economía capitalista. Fue la Gran Depresión de los 30 la que lo hizo parecer tal cosa, como fue la amenaza fascista la que convirtió a la Unión Soviética en un instrumento indispensable para derrotar a Hitler y luego en una de las dos superpotencias cuya confrontación dominó y llenó de terror la segunda mitad de este breve siglo XX.

Cómo y por qué el capitalismo se encontró, para sorpresa de todos y hasta de sí mismo, resurgiendo en una Edad Dorada (1947-1973) sin precedentes y probablemente anómala es quizá la pregunta más importante que enfrentan los historiadores del siglo XX. Hasta el momento no hay una respuesta consensuada. Tal vez un análisis mejor deba esperar hasta que pueda verse en perspectiva la segunda mitad del siglo XX: aunque podamos ver la Edad Dorada como un todo, las Décadas de Crisis que el mundo vivió desde entonces no han terminado aún. Sin embargo, lo que sí puede afirmarse es la escala y el impacto extraordinarios de la consecuente transformación de lo económico, lo social y lo cultural: la mayor, más rápida y fundamental de las transformaciones en la historia humana. En el tercer milenio, los historiadores del siglo XX probablemente verán que este asombroso período impactó con mayor fuerza la historia del siglo XX, porque los cambios que provocó a lo ancho del mundo fueron tan profundos como irreversibles. Y todavía continúan. Los periodistas y ensayistas filosóficos que detectaron "el fin de la historia" en la caída del imperio soviético estaban equivocados. Mejor es decir que el tercer cuarto del siglo marcó el fin de siete u ocho milenios de historia humana comenzados con la invención de la agricultura en la Edad de Piedra.

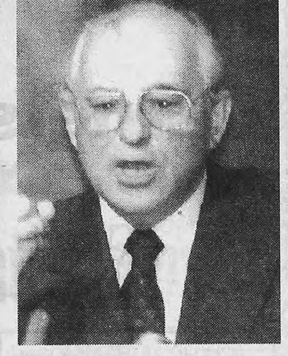
En comparación, la historia del enfrentamiento entre "capitalismo" y "socialismo", con o sin la intervención de Estados y gobiernos como los de Estados Unidos y la Unión Soviética reclamando la representación de uno u otro, probablemente mostrará un interés histórico más limitado, comparable, a largo plazo, con las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII o las Cruzadas. Las revoluciones sociales, la GuerraFría, la na-



SEGUN EL HISTORIADOR BRITANICO ERIC HOBSBAWM







Estrellas del siglo XX: Vladimir Ilich Ulianov, más conocido como Lenin; Josef Stalin; Winston Churchill; Adolf Hitler; el señor del Muro de Berlín, Walter Ulbricht; el último gobernante de la Unión Soviética Mijail Gorbachov. Abajo, en el recuadro, el historiador británico Eric Hobsbawm.

BREVE Y CRUEL

turaleza, los límites y las fallas del "socialismo real" y su caída seguirán siendo discutidas. No obstante, es importante recordar que el impacto mayor y más duradero de los regímenes inspirados por la Revolución de Octubre fue la poderosa y acelerada modernización de países atrasados y agrarios. Sus mayores logros, en este punto, coinciden con la Edad Dorada capitalista. No es necesario considerar aquí cuán efectivas fueron las estrategias del rival para enterrar el mundo de nuestros antepasados: hasta comienzos de los 60, parecían al menos perfectamente trazadas, algo que parece ridículo a la luz del colapso de la Unión Soviética. El punto es que en los 80, un país socialista como Bulgaria y uno no socialista como Ecuador tenían más en común que lo que ninguno había tenido con la Bulgaria o el Ecuador de 1939.

Aunque el colapso del socialismo soviético y sus consecuencias -enormes, aún por calcular definitivamente, pero en su mayor parte negativas– fueron los hechos más dramáticos de las Décadas de Crisis que siguieron a la Edad Dorada, ese período iba a resultar de crisis universales o globales. La crisis afectó las distintas partes del mundo en diferentes maneras y grados, pero lo afectó en su conjunto, sin detenerse en configuraciones políticas, sociales y económicas, porque la Edad Dorada había creado, por primera vez en la historia, una economía mundial única, cada vez más integrada, que operaba a través de las fronteras estatales ("transnacionalmente") y, por ello, cada vez más a través de las fronteras ideológicas de los Estados.

Al principio los problemas de los 70 se vieron sólo como una pausa temporaria en el *gran salto hacia adelante* de la economía mundial y los países –cualquiera fuera su modelo o forma política o económica– buscaron soluciones temporarias. Pero se fue haciendo claro que se trataba de una era de dificultades de largo plazo, por lo cual los países capitalistas buscaron soluciones radicales, frecuentemente siguiendo a teólogos seculares del libre mercado que rechazaban las políticas que habían servido tan bien durante la Edad Dorada. Los ultras del *laissez faire* no tuvieron más éxito que otros. En los 80 y a comienzos de los 90 el mundo capitalista se halló nuevamente temblando bajo los pesos del período de entreguerras que la Edad Dorada había aparentemente barrido: el desempleo masivo, graves depresiones cíclicas, la confrontación espectacular como nunca entre pobres y ricos y entre las limitadas rentas del Estado y los ilimitados gastos del Estado. Los países socialistas, con sus economías vulnerables, se dirigían hacia cortes tanto o más radicales con su pasado y, como ahora sabemos, hacia el colapso. Ese colapso marca el final del breve siglo XX, como la Primera Guerra Mundial marca su comienzo. En este punto termina mi historia.

Termina –como debe terminar cualquier libro escrito a comienzos de los 90– con una mirada en la oscuridad. La caída de una parte del mundo reveló el malestar del resto. A medida que los 80 dejaban paso a los 90 se hizo evidente que la crisis mundial no era general sólo en términos económicos sino también en términos políticos. La descomposición de los regímenes comunistas no sólo produjo una enorme zona de incertidumbre política, inestabilidad, caos y guerra civil sino que también destruyó el sistema internacional que había estabilizado las relaciones internacionales durante cuarenta años. Reveló además la precariedad de los sistemas políticos domésticos que se habían fundado, esencialmente, en esa estabilidad. Las tensiones de las economías en problemas socavaron los sistemas políticos de la democracia liberal, parlamentaria o presidencialista, que tan bien había funcionado en los países capitalistas desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial. También socavaron los sistemas políticos que operaban en el Tercer Mundo. Las mismas unidades fundamentales de la política, los Estados-naciones territorial y soberanamente independientes, hasta los más viejos y estables, resultaron transfigurados por las fuerzas de una economía supranacional y por las fuerzas internacionales de las regiones separatistas y los grupos étnicos. Algunos de ellos –ironías de la historia– reclamaban el status anticuado e irreal de Estado-nación en miniatura. El futuro de la política era oscuro pero su crisis hacia el fin del breve siglo XX era evidente.

Más obvia aún que la incertidumbre de la política y la economía mundiales era la crisis moral y social. Se trataba de una crisis que cuestionaba las creencias e ideas en que se había fundado la sociedad moderna desde comienzos del siglo XIX, ideas racionalistas y humanistas compartidas por el comunismo y el capitalismo liberal y que habían hecho posible su alianza, efímera pero decisiva, contra el fascismo. La crisis moral no sólo afectaba a las creencias de la civilización moderna sino también a las estructuras de relaciones humanas que la sociedad moderna había heredado de un pasado preindustrial y precapitalista y que, como podemos ver ahora, le habían permitido funcionar. No era la crisis de una manera de organizar a las sociedades, sino de todas. Los extraños reclamos de una –inidentificable de otro modo– "sociedad civil", de una "comunidad", eran las voces de las generaciones perdidas y sin rumbo, que se escuchaban en una época en que esas palabras, tras haber perdido sus significados tradicionales, no eran más que expresiones insípidas. No había otra manera de definir la identidad de un grupo excepto definiendo a los que no pertenecían.

El poeta T. S. Eliot escribió: "De esta manera termina el mundo, no con un estallido sino con un gemido". El breve siglo XX terminó con ambos.

HISTORIA DE VIDA

Las personas que en este momento tienen alrededor de 33 años –las que acaban de cumplir, o van a cumplir, 34 durante 1995– son estrictamente coetáneas del Muro de Berlín, cuya construcción comenzó en agosto de 1961. Hasta fines de 1989, por lo tanto, la mayor certeza política de sus vidas era la de que habitaban un mundo bipolar: vivían bajo el peso simbólico del Muro, más allá de que sus convicciones fueran de izquierda, derecha o meramente acomodaticias, más allá de que hubiesen visto o no las toneladas de cemento y kilómetros de alambre de púas que separaban los dos sectores de Berlín. (Hay un inmenso número de personas de la misma edad, desde luego, al que esta generalización no se aplica directamente, pero llegado el caso se podría argüir que los campesinos de Tajikistán o los aborígenes del Amazonas, aunque desprovistos de certezas políticas en un sentido moderno, padecieron las consecuencias del mundo bipolar no menos que un burgués treintañero nacido en Buenos Aires, Viena o Nueva Delhi.)

En 1989, la caída del Muro –el espectáculo televisado de la caída del Muro– sumió a muchos en la confusión, no sólo a los nacidos alrededor de 1961. De golpe, los conservadores descubrían los valores de Hegel, argumentaban que la historia tenía un sentido y dictaminaban que había llegado a su fin. De golpe, la izquierda más recalcitrante se rasgaba las vestiduras por los errores del socialismo, reclamaba democracia y pretendía acceder al gran McDonald's de Occidente. Era necesario un relato, algo que ordenara y explicase los eventos que condujeron a 1989: no es descabellado afirmar, asimismo, que quienes más necesitaban ese relato eran aquellos que nunca habían conocido una estructura política distinta de la simbolizada por el Muro.

El historiador británico E. J. Hobsbawm (1919), autor de *Bandidos* y *rebeldes primitivos*, y famoso por sus tres tomos acerca del siglo XIX (*La Era de la Revolución, 1789-1848, La Era del Capital, 1848-1875* y *La Era del Imperio, 1875-1914*), emprendió la tarea de explicar el año 1989, incluirlo en una trama. Su recientemente publicado *The Age of Extremes. A History of the World 1914-1991* (*La Era de los Extremos. Historia del mundo 1914-1991*) tiene grandes posibilidades de convertirse en una de las narraciones maestras de y sobre este siglo. A partir de una idea del húngaro Ivan Berend, y de su propia concepción del XIX como "siglo largo", Hobsbawm propone que el XX ha sido un "siglo corto", que comenzó con la Primera Guerra Mundial y terminó al disolverse la Unión Soviética. La tesis no sólo es elegante, sino intuitivamente aceptable: explica tanto el sentimiento de "fin de la historia" que produjo 1989 como la desagradable sospecha, nunca dicha en voz muy alta, de que la Guerra Fría coincidió -comparativamente hablando– con una suerte de Edad Dorada.

Pese a sus obvios méritos científicos, *La Era de los Extremos...* no es un libro de historia en el sentido estricto del término. Hobsbawm declara haberlo escrito para "el lector no académico interesado de un modo general en el mundo moderno", y su estilo se halla de hecho más cerca del buen periodismo que del *paper* universitario. Por otra parte, al escribir sobre su propio siglo y su propia vida, en la que nunca le tuvo miedo a la actividad política ni se abroqueló en la docencia (hasta ha publicado un libro sobre jazz, *The Jazz Scene*, bajo el seudónimo de Francis Newton), Hobsbawm se pone todo el tiempo al borde de la autobiografía. Quizá sea este último rasgo el que incrementa el impacto narrativo de *La Era de los Extremos...*, lo vuelve tan convincente.

Hobsbawm –es hora de decirlo– fue y es marxista: el pensamiento marxista permea tanto la estructura del libro como la estructura atribuida al siglo XX. En octubre del año pasado, durante el programa "The Late Show" de la televisión británica, su interlocutor, Michael Ignatieff, le preguntó si, de haber sabido acerca de las matanzas ordenadas por Stalin, se hubiera afiliado de todas formas al Partido Comunista. Hobsbawm respondió afirmativamente, y luego provocó un gran escándalo al aceptar que la muerte de quince millones de personas se hubiera visto justificada por el éxito del experimento soviético. Nadie debe leer *La Era de los Extremos...*, aceptar el valiosísimo relato de Hobsbawm, sin tener en cuenta también esta espantosa declaración de su autor. El siglo XX, aunque corto, fue pródigo en horrores: quizá sea mejor haber nacido en 1961 o después, haber presenciado la caída del Muro de Berlín. El tiempo dirá.

C. E. FEILING



LADRAN, CHACHO. ¿Quién es Carlos "Chacho" Alvarez, líder del Frente Grande?

Una investigación periodística exhaustiva que descubre al "Chacho" Alvarez desconocido. Escrita con maestría por destacados periodistas, esta biografía incluye la trayectoria política y la vida íntima de un líder que podría cambiar la historia.

SUDAMERICANA

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	1	12
2	*De amor y de sombra*, por Isabel Allende (Sudamericana, 15 pesos). Con la dictadura de Pinochet en Chile como marco histórico y geográfico, la autora de *La casa de los espíritus* narra el romance entre un hombre y una mujer de sectores sociales opuestos que deben luchar por vivir en un país signados por las muertes y las torturas.	2	3
3	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos). Tras una extensa carrera como periodista, la última ganadora del Martín Fierro de Oro debuta en la narrativa con esta saga de una familia de los años 40, que es al mismo tiempo un recorrido por personajes y hechos de la Argentina.	3	11
4	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos). El autor de *Más allá de la medianoche* cuenta la historia de una joven médica acusada de matar a un paciente terminal para quedarse con su herencia. Pero durante el proceso resucita un pasado lleno de ambiciones, asesinos, amantes y traidores.	4	26
5	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	6	19
6	*De cómo los turcos descubrieron América*, por Jorge Amado (Emecé, 12 pesos). El autor de *Doña Flor y sus dos maridos* vuelve al mítico clima del nordeste brasileño para contar la historia de dos amigos turcos que a comienzos de siglo emprenden una nueva vida esperando hacer negocios y terminan por protagonizar enredos.	5	10
7	*Cuentos completos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 25 pesos). Recopilación del conjunto de la ficción breve hasta ahora publicada por el autor de *Inventario* y *La borra del café*, en una excelente edición no sólo para fanáticos.	10	11
8	*Stargate*, por Dean Devlin y Roland Enmerich (Emecé, 15 pesos). Un egiptólogo tiene la misión de descifrar una enorme piedra con inscripciones nunca vistas. Gracias a esa investigación descubre la fórmula para viajar por el tiempo, que desatará una carrera por el poder.	8	2
9	*Alas para vivir*, por Richard Bach (Vergara, 14 pesos). A modo de diario, el autor narra y analiza su infancia para plantearse qué quieren hacer las personas con sus vidas y para descubrir los secretos del mundo adulto.	–	7
10	*Los puentes del Madison County*, por Robert James Waller (Atlántida, 7 pesos). La historia de amor entre un fotógrafo y la mujer de un granjero que vendió cerca de cinco millones de copias sólo en Estados Unidos y se mantuvo en la listas de best sellers del *New York Times* más de ciento quince semanas.	7	5

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). Colaboradora de **Página/12** y socióloga, Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	1	10
2	*Los dueños de la Argentina, II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos). Con el subtítulo de *Los verdaderos secretos del poder*, este segundo volumen continúa trazando perfiles de los poderosos, esta vez Pérez Companc, Roggio, Soldati y Pescarmona.	2	16
3	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos). El autor de *Poderes* sigue escrutando los cielos de lo sobrenatural: encontró al ángel y, lejos de ponerse a discutir su sexo, analizó sobre la base de las Escrituras, estudios teológicos y hasta la consulta a un angelólogo al ente alado.	3	16
4	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialista, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	5	13
5	*Sabiduría de la vida*, por Jaime Barylko (Emecé, 18 pesos). Un libro de autoayuda donde el autor enseña a disfrutar y a usar el sabor de la vida, dejando de lado el saber y el estudio sobre la salud.	8	2
6	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, Colección Espejo de la Argentina, 16 pesos). Una investigación monumental sobre los atentados a la Embajada de Israel y la AMIA. Más de ochocientos testigos y una compleja maraña de evidencias contradicen las versiones oficiales de un caso aún no resuelto por la Justicia.	4	11
7	*Historia integral de la Argentina, I*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El autor de *Soy Roca* se ha propuesto una obra colectiva que en nueve tomos explique los acontecimientos que hicieron de este país lo que es. Este es el primero de esos nueve volúmenes, subtitulado *El mundo del descubrimiento*.	6	9
8	*Breve historia de los argentinos*, por Félix Luna (Planeta, 18 pesos). El autor de *Soy Roca* relata en un stilo ameno y sintético la historia del país desde antes que lo fuera –cuando llegaron los primeros colonizadores– hasta poco después del golpe de Estado que en 1955 desalojó a Juan Domingo Perón de la presidencia.	–	41
9	*Los dos lados del infierno*, por Vincent Bramley (Planeta, 17 pesos). El libro que dio origen a la investigación que Scotland Yard realizó en la Argentina sobre las violaciones a los derechos humanos durante la Guerra de Malvinas. Los testimonios de ocho soldados argentinos contrapuestos a los de cinco soldados ingleses.	9	3
10	*Los ángeles de Charlie*, por Fabián Doman y Martín Olivera (Temas de Hoy, 14 pesos). Periodistas políticos, los autores deslizan lossecretos y las historias públicas de cuatro de las mujeres políticas preferidas por el presidente Carlos Menem: María Julia Alsogaray, Adelina Dalesio de Viola, Matilde Menéndez y Claudia Bello.	7	10

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas; esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

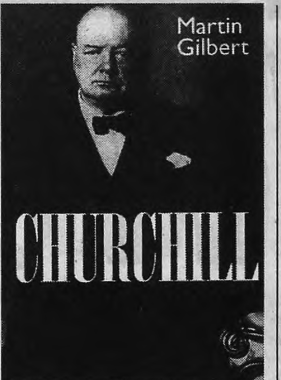
Daniel Riera y Fernando Sánchez: **Virus. Una generación** (Sudamericana). Dos jóvenes periodistas reconstruyen la trayectoria de la banda fundada por Federico, Julio y Marcelo Moura, Enrique Mugetti, Ricardo y Mario Serra y de su época. A través de Virus, un grupo tan significativo como Sumo y su líder Luca Prodan, la sólida investigación permite que vayan asomando fragmentos de la década del 80.

Carnets///

BIOGRAFIA

El estadista en la bañera

CHURCHILL, por Martin Gilbert. Emecé, 1994, 550 páginas.



El siglo XX comenzó haciendo grandes cosas –grandes guerras, enormes barcos, colosales fortunas– y concluye haciendo cosas cada vez más pequeñas –miniguerras, microempresas, microtecnología–. Esta paradoja se aplica también a los hombres y en particular a los estadistas y políticos. Cambalache es el siglo que para bien o para mal empezó liderado por gigantes visionarios y termina conducido a ciegas por enanos. Lo preocupante es que el empequeñecimiento de los hombres políticos no parece venir compensado por un engrandecimiento de las mujeres políticas, y Margaret Thatcher es un buen ejemplo. Churchill fue todo lo que esta señora no fue: un aristócrata primero liberal y luego conservador pero lleno de auténtica sensibilidad humana y social, uno de los oradores más brillantes –y sabios– del siglo, un líder militar capaz de enfrentarse y destruir no a un general sudamericano sino a la mayor maquinaria de muerte que jamás existió, un paradigma de británico *sense of humour*, una de las plumas más brillantes de su tiempo, un simpático *bon vivant* fumador y bebedor profesional y, finalmente, un pintor amateur que agarró los pinceles a los cuarenta y nunca más los dejó.

Introducir toda la larga vida de Winston Leonard Spencer Churchill (1874-1965) en apenas medio millar de páginas es como construir una fragata adentro de una botella, pero Martin Gilbert lo logró. Desde una infancia típicamente inglesa ("fue en su niñera en quien encontró el afecto que sus padres no le brindaban") hasta una plácida vejez pintando cuadros (una vez escribió: "Felices los pintores, pues ellos no estarán solos. La luz y el color, la paz y la esperanza les harán compañía hasta el final, o casi hasta el final del día").

Churchill sufrió una educación reservada para brillantes en la que supo ser mediocre (según sus palabras, esos años fueron "un sombrío parche gris en el mapa de mi viaje") y a los dieciocho recibía de su padre –lord Randolph Churchill, conquistador de Birmania, quien moriría sifilítico y demente poco después– cartas que decían "queda demostrada más allá de toda refutación tu dejadez y tu estilo de trabajo irresponsable y atolondrado(...) mi responsabilidad por ti ha concluido". Churchill entró raspando en la academia militar, viajó como buen joven inglés un poco por todas partes, fue soldado y cronista de guerra en Afganistán. Combatió a los derviches en Sudán y fue como corresponsal a la guerra de los boers, donde terminó prisionero y logró fugarse.

En 1900 su bellísima y amadísima madre, una lady Randolph –norteamericana– sin mucha plata, casó con un capitán de la edad de Winston, veinte años más joven que ella (lady Randolph casaría luego una tercera vez). En esos mismos días Churchill llegó por primera vez al Parlamento: a los veintiséis era descripto por el *Vanity Fair* como "un individuo inteligente, que tiene el coraje de sus convicciones. Sabe escribir y sabe pelear". Sabía además ganar buen dinero dando conferencias pagas. Pasó el siguiente medio siglo metido en la política hasta la médula. A los 32 años, comenzó a escribir cartas de amor a unos "extraños y misteriosos ojos" –los de Clementine Hozier– que lo acompañarían toda la vida, y con quienes verían nacer a tres hijas y un varón. En 1911 se lo nombró primer lord del Almirantazgo y cuando tuvo que dejar el puesto, en 1916, y plena Guerra Mundial, el aristócrata y parlamentario de 41 años no encontró nada mejor que ir a meterse en las inmundas trincheras frente a los alemanes. Comandó un regimiento de fusileros escoceses a quienes recomendaba "usen alcohol con moderación (...) vivan bien pero no hagan alarde de ello". El excéntrico capitán Churchill había llegado al frente con bañera, calentador de agua, caballete y pinceles. Allí tuvo a sus órdenes a Emile Herzog, alias André Maurois (otro militar que estaría luego a sus órdenes fue Lawrence de Arabia). Pasó los siguientes veinte años de paz batallando en la política británica, tan odiado por sus adversarios como amado por sus amigos.

En 1940, ya primer ministro, Churchill pronunció en el Almirantazgo –y horas después en los Comunes– su frase más famosa: "No tengo nada que ofrecer sino sangre, lágrimas y sudor" (durante la Segunda Guerra Mundial, los discursos personales y radiales de Churchill hicieron tanto por inspirar coraje a los británicos como los de Hitler a los alemanes). Su ideal, según sus propias palabras, era "estrecho y limitado. Quiero ver al Imperio Británico preservado para unas cuantas generaciones más". En esto fracasó –fue el único éxito perdurable de Hitler– pero logró salvar a Gran Bretaña de la destrucción, y a Europa y al mundo del Reich de los mil años. A la luz de la historia, ni Roosevelt, ni Stalin, ni tanto menos De Gaulle parecen haber contribuido de manera tan personal y determinante a salvar a nuestra especie del nazismo, y de paso también del fascismo.

Feroz en la determinación de vencer, Churchill nunca dejó de ser humano. Una vez, tras ver una filmación de ciudades alemanas bombardeadas, dijo: "¿Somos bestias? ¿No estamos llevando esto demasiado lejos?". Durante la guerra hizo mucho por salvar a los judíos y después de la guerra por el nacimiento de Israel. La guerra terminó en mayo y en julio el pueblo le agradeció al primer ministro los inconmensurables servicios prestados mandándolo a casa. Deprimido, Churchill comentó desde la bañera: "Tienen todo el derecho de votar como les plazca. Esto es la democracia. Esto es aquello por lo que hemos estado luchando".

Se dedicó entonces a pintar y a escribir una monumental *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, que le valió el Premio Nobel de Literatura: si bien la pluma de Churchill era formidable, es posible que este premio le haya sido otorgado porque a un guerrero infatigable como él hubiera sido algo anacrónico –aunque no del todo errado– otorgarle un Nobel de la Paz.

Una divertida anécdota parece faltar en esta excelente biografía de un hombre que cada vez que necesitaba tomar una importante decisión se metía en la bañera caliente con un cigarro y un whisky & soda. Cierta vez, en una ocasión social, una dama le hizo notar que estaba borracho. Churchill contestó: "Es cierto, es tan cierto como que usted es fea. Pero yo mañana voy a estar sobrio".

DIEGO BIGONGIARI



4 de marzo de 1945: Churchill en el frente con el general Simpson y los mariscales Montgomery y Brooke.

FICCION

Una pu

En el segundo tomo de sus *Carnets*, Albert Camus afirma, refiriéndose al arte de la novela, que no sólo alcanza con poder sentir la máxima intensidad al escribirla: también es preciso poder transmitir esa sensación al lector. Detrás de este aparente lugar común se esconde uno de los principios básicos de la narrativa, y su incumplimiento ha llevado al fracaso grandes proyectos literarios.

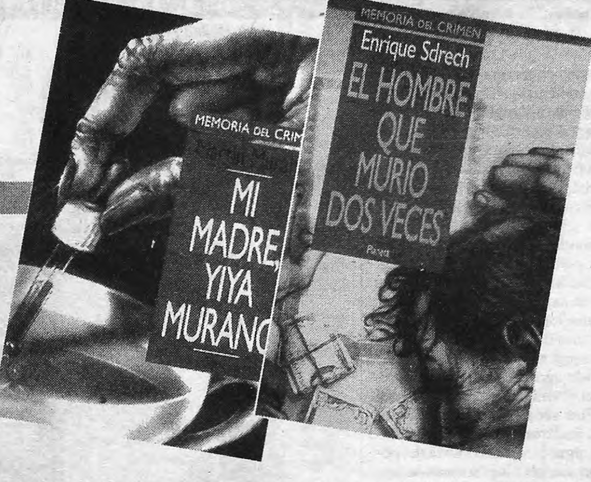
Tal vez no sea estrictamente el caso de *La puerta de marfil*, primera novela de Alberto Manguel, pero participa en alguna medida en el sabor algo amargo, casi frustrante, que la obra deja al llegar a su página final. El problema no radica tanto en una falla estructural o formal de la novela –por el contrario, está impecablemente escrita y la sucesión narrativa es prolija, precisa–, como en el hecho de que el lector participa de los hechos desde una exterioridad del texto: pasan las páginas, pasan los años, pasa la historia, como detrás de una pantalla que tamiza los sentimientos.

La puerta de marfil se divide en tres partes bien definidas y señaladas como "Aquí", "Allá" y nuevamente "Aquí". "Aquí" es Canadá, en tanto que "Allá" se corresponde con las ciudades de Argel, París y Buenos Aires. Por estos paisajes discurre la historia de Ana y el retrato de su familia, un poco al modo en que encaraban sus sagas domésticas los Mann (no sólo Thomas, sino también Klaus). La acción abarca los cuatro países –que son también cuatro continentes– así como cuatro décadas. En parte, se presume, es



FICCION

La letra con sangre



MI MADRE, YIYA MURANO, por Martín Murano; **EL HOMBRE QUE MURIO DOS VECES**, por Enrique Sdrech; **EL SATIRO DE LA CARCAJADA**, por Dalmiro Sáenz. Planeta, Colección Memoria del Crimen, 1994; 178, 194 y 142 páginas, respectivamente.

Argentina tiene una vasta trayectoria de crímenes más que interesantes. Desapariciones de enfermeras, violaciones en serie, robos de bebés, de niños y de treinta millones de pesos, asesinatos de famosos y desconocidos. Eso sin contar los crímenes políticos y los aparatos represivos estatales de momentos como, por ejemplo, la última dictadura militar. En medio de tantas historias se debaten casos policiales protagonizados por un petiso con ansias de notoriedad, un sátiro empeñado en alojarse en la memoria de sus víctimas, una madre codiciosa, un policía obsesivo y unos ladrones de mentes privilegiadas. Sin embargo todas estas historias se pierden en la arbitraria cobertura que los diarios les dedican en sus páginas policiales.

La aparición de la colección Memoria del Crimen es un intento por ocupar ese espacio vacío durante tanto tiempo. La idea –reconstruir crímenes verdaderos– es acertada; la ejecución de los volúmenes, en cambio, no siempre es feliz. En los tres primeros títulos de la colección, el mal y el bien están unidos por una extraña y ambigua relación sostenida comúnmente por algo que se podría confundir con respeto y que se va trazando a medida que las historias van tomando forma. Es probable que el nexo entre perseguidores y perseguidos sea aquel deseo de fama o notoriedad que experimentan ambos; unos mediante la ejecución de sus crímenes cada vez más perfectos, los otros al convertirse en el freno de esa locura.

Eso no sucede en el primero de los títulos. En *Mi madre, Yiya Murano*, se trata de ocultar. No sólo el crimen: también la veracidad de los hechos y la personalidad de la criminal. La historia, relatada por el hijo de la asesina, Martín Murano, es descarnada y está cargada de resentimientos y odios personales, pero es esa posición privilegiada la que logra que "la envenenadora de Montserrat" adquiera una humanidad visible para los lectores.

En 1979, en pánico por haberse endeudado con sus amigas, Murano decidió mezclar cianuro entre las comidas y las bebidas de sus víctimas. Tras ser encontrada culpable fue declarada inocente; tres años después, se la condenó definitivamente a cadena perpetua. En *Mi madre...* Martín Murano es protagonista de una historia con gusto a novela rosa, pero que produce en el lector cierta complicidad que lo hace partícipe de los sentimientos del hijo torturado. Martín Murano no se viste a sí mismo de héroe, con el cual es inevitable solidarizarse.

La colección logra acercarse a su objetivo gracias a *El hombre que murió dos veces*, sin dudas el texto mejor elaborado. Enrique Sdrech, periodista policial de gran experiencia, construye con habilidad una historia cargada de información e intriga. El libro aborda el tema tomando la forma de una novela policial donde las sorpresas cambian continuamente el rumbo de una trama, haciéndola tan compleja como entretenida.

El libro tiene como protagonista al detective Jorge Santillán, una especie de Marlowe o de Sherlock Holmes menos perfecto y oscuro. Por otra parte Santillán esconde todo pasado y presente. Nadie sabe dónde ni con quién vive. Tampoco qué hace en sus ratos de ocio, aunque lo más probable es que siga trabajando. "Cuanto menos sepan de mí mucho mejor será para ustedes", consuela con aires misteriosos a sus amigos. Una agencia de seguros de vida lo contrata para descubrir al hombre que los estafó fraguando su muerte. De a poco la historia se ramifica y toma caminos inesperados para desembocar finalmente en el robo de treinta millones de dólares al Tesoro que el Banco Central de la República Argentina tiene en el banco de Santa Fe con sede en Rosario. El robo y la estafa se convierten en la obsesión de Santillán. Ya no le interesa qué pueda haber más allá de la realidad que lo desvela. Sólo le preocupa saber la verdad, encontrar al culpable y entender su mente aún cuando se venzan los plazos pactados, aún cuando se vea burlado una y otra vez, aún cuando ese hombre realmente no exista. Cada día de investigación, Santillán se acerca un poco más al estafador que tanto le cuesta encontrar y con el que se va mimetizando hasta convertir la búsqueda en una cacería de sí mismo.

Por el contrario, *El sátiro de la carcajada*, de Dalmiro Sáenz, es una muestra acabada y perfecta de los errores en los que la colección no debería caer. Personajes deslucidos y poco trabajados, escasa información y una trama mal relatada hacen de una historia atractiva e interesante un libro olvidable. La paradoja es tanto más lamentable desde que Sáenz es, de los tres, el único con antecedentes literarios. Sáenz duda qué camino elegir para llegar a destino. Y se decide por lo peor: elige todos. El autor vacila sobre cuál debe ser el protagonista del libro: El sátiro de la carcajada, las víctimas o el Colorado Arteaga, el policía obsesionado por el criminal que viola y ríe con la misma facilidad con que se le escapa de las manos. Entonces todo se vuelve confuso y leve, frágil. Nada parece tener sentido. Los personajes no llegan a tener identidad propia, y la historia se desvía hacia sus traumas y conflictos. Los protagonistas tantean entre la oscuridad de todos los capítulos que parecen decir lo mismo o no decir nada. Tal y como lo hace el autor.

BLAS E.MARTINEZ

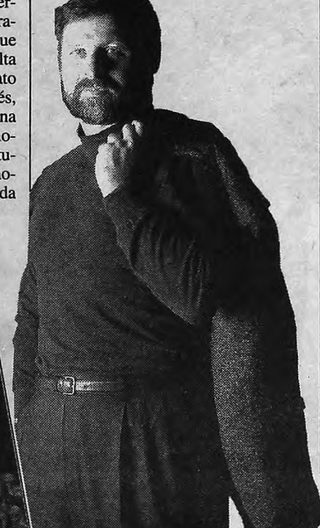
uerta entreabierta

LA PUERTA DE MARFIL, por Alberto Manguel. Anaya & Mario Muchnik, 1994, 242 páginas.

a la vez la historia personal del propio Manguel. Nacido en Argentina en 1948, hijo de un diplomático, hace más de tres décadas que vive en el exterior y ha colaborado con los periódicos más prestigiosos de Europa además de trabajar para editoriales como Gallimard; Calder & Boyars y Franco Maria Ricci. Asimismo, es responsable de una cantidad de antologías de literatura latinoamericana de gran repercusión en el Viejo Continente así como coautor de la *Guía de lugares imaginarios*, una obra monumental donde se mezclan ensayo y ficción, y trabaja en la elaboración de una *Historia de la lectura*.

La trayectoria de Manguel explica en gran medida el derrotero de sus personajes centrales. El tempo de la trama es medido y la perspectiva con que se reflejan muchos episodios resulta tan austera como aguda. Como dato adicional, la obra fue escrita en inglés, pero la traducción no atenta contra una buena utilización del lenguaje. Se nota el ojo erudito y las múltiples lecturas del autor, pero no obstante por momentos la intensidad se ve quebrada por un acopio excesivo de datos. Y no se trata de una incapacidad de Manguel para narrar. El ritmo con que se relata la muerte de un niño en el mar al comienzo de la novela es notable y presagia un desarrollo que, lamentablemente, no alcanza a cumplirse del todo. De cualquier forma, Manguel deja una puerta entreabierta (aunque no sea de marfil) a futuras experiencias.

CHRISTIAN KUPCHIK



¡ATENCION DOCENTES!!!

Lecturas Recomendadas para los Colegios

G.GARCIA MARQUEZ
Crónica de una muerte anunciada 7,00 $
Doce cuentos peregrinos 14,00 $
El amor en los tiempos del cólera 19,00 $
Cien años de soledad 17,00 $
Relato de un náufrago*

OSVALDO SORIANO
Triste, solitario y final * 10,00 $

ISABEL ALLENDE
Eva Luna * 16,00 $
La casa de los espíritus 17,00 $

JULIO CORTAZAR
Bestiario * 10,00 $
Historias de cronopios y de famas 8,00 $
Un tal Lucas* 13,00 $

M. MUJICA LAINEZ
Misteriosa Buenos Aires * 13,00 $

E. BELGRANO RAWSON
El náufrago de las estrellas * 12,00 $

ABELARDO ARIAS 10,00 $

MERCE RODOREDA
La Plaza del Diamante* 12,00 $

BREVE ANTOLOGIA DE CUENTOS 1 * 8,00 $
Cortázar, Asimov, Allende y otros.

BREVE ANTOLOGIA DE CUENTOS 2 * 8,00 $
García Márquez, Bioy Casares, Bradbury y otros.

BREVE ANTOLOGIA DE CUENTOS 3 * 8,00 $
Monterroso, Piglia, Arguedas, Maslíah y otros

BREVE ANTOLOGIA DE CUENTOS 4 * 8,00 $
Vázquez Montalbán, Borges, Allende, Guimarães Rosa y otros.

Profesores de lengua y literatura:

* Las guías de actividades literarias (más un libro de regalo) se entregarán sin cargo en Humberto 1° 555, Capital, de lunes a viernes de 10 a 17 hs. hasta el 17 de marzo inclusive.

COL. VIDA COTIDIANA

Color de Rosas - Eugenio Rosasco 17,00 $
La gran inmigración - E.Wolf/ C. Patriarca 15,00 $
Volver al país de los araucanos - R. Mandrini/S. Ortelli 14,00 $
Hombres y mujeres de la colonia - J.C. Garavaglia/Raúl Fradkin 15,00 $
Guaraníes y Jesuitas Lucía Gálvez 20,00 $

SUDAMERICANA

LA AUTORA DE "VERGÜENZA" CONDENADA A MUERTE POR LOS FANATICOS DEL ISLAM

"ODIO A LOS FUNDAMENTALISTAS"

En estos días Ediciones B distribuye "Vergüenza", novela que le valió a Taslima Nasrin, la misma condena a muerte que pesa sobre Salman Rushdie. Exiliada en Estocolmo, Nasrin cuenta en esta entrevista entretelones de su persecución y huida, su concepción de la literatura y sus proyectos para el futuro.

ROSA MORA

Desde septiembre de 1993 la narradora bengalí Taslima Nasrin, nacida en Bangladesh hace treinta y dos años, huye de los fanáticos del islam que la condenaron a muerte –igual que cuando el ayatola Jomeini lanzó la *fatwa* sobre Salman Rushdie, autor de *Los versos satánicos*– tras la publicación de su novela *Vergüenza*, que en estos días distribuye en la Argentina Ediciones B. Tras pasar duros dos meses en la clandestinidad en su país, Nasrin logró llegar a Europa donde, a causa de su condición de escritora perseguida, exiliada en Estocolmo desde agosto del año pasado, recibió el Premio Kurt Tucholsky del PEN Club sueco y la distinción Sajarov del Parlamento Europeo. Sin embargo, algunas voces como la del politólogo francés Guy Sorman se han levantado contra *Vergüenza*, que relata las experiencias de una minoría hindú perseguida por los musulmanes, en la que los integristas vieron una ofensa a su religión que, consideran, debe pagarse con la vida.

"Una obra de estilo pobre pero rica en polémica, política y fantasmas", definió Sorman a *Vergüenza*, quizá omitiendo las prioridades que Nasrin debía establecer en su medio donde, por ejemplo, las mujeres no pueden mostrarse fumando. Los quince libros que lleva publicados hasta ahora, argumenta la misma Nasrin, tienen una intención más allá de la letra: "Creo que debo usar la literatura como un medio, para decir algo más". Médica de profesión, militante por los derechos de la mujer, Nasrin se convirtió también en una voz de la causa laica cuando apareció *Vergüenza*, con su tono definitivamente crítico contra el progresivo avance del Islam sobre las instituciones no religiosas de Bangladesh. Antes de ser prohibida, la novela llegó a vender cincuenta mil ejemplares; luego de la famosa, desesperada denuncia de la autora –"Mi vida corre grave peligro. Los fundamentalistas pueden asesinarme en cualquier momento. Por favor, sálvenme"–, el Consejo de Soldados de Dios quemó públicamente sus libros y ofreció cincuenta mil tanas (cerca de mil dólares) por la cabeza de Nasrin.

Desde la seguridad de Europa, la escritora tiene ahora la sonrisa fácil. Lleva unos saris tan bellos que toda ella resulta una explosión de alegría. Es valiente, está viva y dispuesta a seguir luchando.

–Su novela Vergüenza *le trajo muchos problemas en su país. ¿Qué le decidió a escribirla?*

–Es una novela documental. En diciembre de 1992, unos fundamentalistas hindúes destruyeron una mezquita en la India. Entonces los fundamentalistas musulmanes empezaron a destruir casas, templos, tiendas de los hindúes de Bangladesh, que son una comunidad minoritaria. Quedé muy perturbada, sentí vergüenza y decidí escribir una historia sobre una familia hindú en Bangladesh.

–¿Cuántos libros ha escrito?

–Quince. Bastantes de ellos ya han empezado a ser traducidos al francés.

–¿En qué trabaja actualmente?

–Estoy escribiendo una novela sobre la mujer en la sociedad musulmana, sobre cómo crece en ella, cómo se revela y cómo intenta romper las barreras que le impone la sociedad. En resumen, es una novela sobre cómo la mujer afronta un montón de problemas.

–¿Escribirá sobre la persecución a la que ha sido sometida, sobre su clandestinidad?

–Sí, quiero contar mis sesenta días escondida, en la clandestinidad. Fueron terribles: cada dos o tres días o noches tenía que cambiar de casa. Sabía que los fundamentalistas querían matarme; eso, durante sesenta días, es una terrible experiencia.

–Cuando terminó sus estudios de medicina se decidió a escribir artículos sobre la situación de la mujer. ¿Así empezó todo?

–Sí, la campaña de los fundamentalistas contra mí comenzó en 1990, desde ese año están pidiendo mi muerte. Las cosas se fueron complicando y pasé a la clandestinidad cuando el gobierno de Bangladesh no fue capaz de garantizar mi seguridad.

–En Estocolmo, donde ahora reside, ¿se siente segura?

–¡Sííiii!

–Pero usted viaja acompañada permanentemente por agentes de seguridad y en Estocolmo está también bajo protección policial.

–Sí, ya lo sé, pero en los países civilizados una se siente segura

–¿Cómo vive en Estocolmo?

–Normalmente, en un apartamento.

–¿Tiene problemas económicos?

–Bueno, vengo de un país pobre. En Estocolmo, pago mi departamento y es muy, muy caro. En mi país todo era muy barato y en Europa todo es muy caro. A veces pienso que no voy a poder afrontar todos los gastos.

–¿Alguien la ayuda económicamente?

–Obtuve un premio en Suecia y ahora estoy viviendo de ese dinero. ¿Qué pasará cuando se acabe? ¿Durará meses, seis meses, cuatro meses? Bueno, cuando se acabe se habrá acabado.

–Pero usted ya ha empezado a publicar en Europa y eso continuará

–Sí, estoy segura. Ya estoy empezando a recibir dinero por mis libros.

–¿Cómo ve usted a las mujeres europeas?

–Tienen más libertad que nosotras, pero también tienen problemas. Más problemas, menos problemas, lo cierto es que la mujer está muy discriminada en todo el mundo.

–Usted trabajó como médica en Bangladesh, ¿volverá a ejercer?

–No lo sé. Dejé mi trabajo en señal de protesta porque el gobierno de mi país no me permitió viajar al extranjero. Me gustaría volver a ejercer, pero ya sé que en mi país será imposible.

–¿Cuál es su especialidad?

–No estoy especializada pero trabajé en los departamentos de ginecología y anestesia.

–¿Vive sola en Estocolmo?

–Sí.

–Toda su familia continúa viviendo en Bangladesh. ¿Le gustaría volver algún día?

–Sí, quiero volver. Pero no sé cuándo podrá ser, tendrían que cambiar muchas cosas.

–¿Cree usted que puede producirse algún cambio político en Bangladesh en un futuro no demasiado lejano?

–No lo sé, pero lo deseo. Hay gente progresista en mi país que intenta hacer algo, pero los fundamentalistas son muy fuertes, cada vez más, porque reciben dinero de los países ricos árabes, como Irán. Están creciendo no sólo en Bangladesh sino en todo el mundo.

–¿Tuvo miedo?

–No, no tuve miedo. Salvé mi vida. Estoy aquí porque organizaciones progresistas, escritores, periodistas, diferentes gobiernos ayudaron a que salvara mi vida. Por eso pude viajar a Suecia. Pero en Bangladesh aún quieren matarme. No, quizá no tenga miedo, pero comprendo que no podré volver a mi país hasta que la situación haya cambiado.

–¿Continuará viviendo indefinidamente en Estocolmo?

–No. Ahora todos los países están abiertos para mí. Quiero ver mundo, quiero conocer gente, sobre todo a la gente, sobre todo a la gente progresista.

–Las mujeres de su país no pueden fumar en público, pero pueden estudiar y trabajar. ¿Pueden moverse libremente?

–No todas las mujeres, sólo las de alta educación y progresistas, pero tienen muchos problemas. Las familias musulmanas conservadoras no les permiten salir de casa sin el permiso del padre, el hermano o el marido. En mi país las mujeres no pueden hacer nada sin el permiso de los hombres.

–Usted viajó a Lisboa para asistir a la primera sesión del Parlamento de los Escritores. ¿Es usted miembro?

–No. Sólo fui invitada, pero creo que probablemente sí seré miembro.

–¿Cree que este proyecto saldrá adelante?

–Sí. Ya sé que entraña muchas dificultades, pero es muy necesario. Estos escritores están trabajando por la libertad de la escritura en todo el mundo y ayudando a otros escritores con problemas.

–¿Qué siente una mujer de treinta y dos años que durante cuatro ha visto amenazada su vida?

–Siento odio. Odio a los fundamentalistas, no sólo a los de mi país, a todos los del mundo. Quieren matar las voces progresistas, quieren llevar nuestra sociedad a una oscuridad medieval. Mi misión es luchar contra los fundamentalistas. No les tengo miedo, yo lucho por mi verdad, ésta es mi batalla inmediata.

–A diferencia de muchos escritores, usted cree profundamente en la literatura comprometida.

–Vengo de un país donde tenemos un montón de problemas y creo que los escritores, la gente progresista, debemos luchar. Yo tengo el compromiso de luchar con mis libros, con mi prosa.



VIÑAS RECUERDA

Claudia es una joven del interior que llega a Buenos Aires en los años 60 para estudiar Letras en la Universidad. Los encantos de un profesor, las nuevas amistades, los bares de "la zona" y un primo homosexual marcarán la iniciación de la protagonista. En su última novela, David Viñas ("Hombres de a caballo", "Prontuario") recrea la efervescencia de los años 60, y ese ambiente evoca en esta entrevista.

SUSANA VIAU

El living-cuarto de trabajo da sobre la avenida Córdoba. Atrás, un reloj redondo con marco de roble y al frente una ventana que ocupa casi la pared. En cada uno de esos lugares, en más y en menos, dos cosas que preocupan al habitante del piso 13, el que siempre queda vacío en los hoteles: el tiempo y la antena sin luces de una empresa de courrier alrededor de la que sobrevuelan los helicópteros de la policía. "La otra noche parecía que se me metían en la cama", rezonga David Viñas. En ese espacio, libros, revistas, papeles en definitiva, y pinchada contra la pared la tapa del último libro. "A pesar de la tapa, *Claudia conversa*, no llora", aclara y vuelve a aclarar: "Conversa porque habla y porque al final, cambia".

La novela, un puñado de personajes en el Buenos Aires de los 60, cuenta un segmento de la historia de Claudia, "una mujer construida sobre mujeres que entonces tenían veinte o veinticinco, viene de su provincia a estudiar letras, vive en casa de su tía, Mecha; tiene una relación con el profesor de literatura norteamericana, Borio; una amiga, Mora; un primo homosexual, Víctor, y un hermano, Ariel, 'El Potro', que va a dominar desde lejos, casi desde afuera todo el relato y es el que suscita su cambio, su conversión". El damero sobre el que esas vidas van a ordenarse o desordenarse se compone de a poco, con los datos que Viñas, como quien no quiere la cosa, va dejando gotear: la Argentina del posfrondicismo, los enfrentamientos militares, el golpe del '66, las cuadras que van de Leandro N. Alem a Esmeralda y de Córdoba a Charcas, el reventón de la literatura latinoamericana, los happenings, el pop art, el op art, fiestas, las falditas Mary Quant y otras marías.

El mapa está señalizado por librerías que Viñas, ahora, mirando al techo, recita de memoria "Verbum, en Viamonte y Reconquista, frente a lo que era la facultad, puesta por un tipo que se llamaba Vázquez, antiguo ordenanza de filología ayudado por Sánchez Albornoz; Letras, que manejaban dos muchachas y la otra... la otra de la calle de más arriba... Galatea"; por bares como el Florida, el Coto Grande, el Bárbaro y el Moderno. "Yo vivía arriba del Moderno, en Maipú y Paraguay. Era eso, modernista, frondizoide, final –cuenta–. Claro, estaba el Di Tella, donde pasaron cosas revulsivas, y te nombro dos: Julio Le Parc y *Libertad y otras intoxicaciones*, de Mario Trejo. En el '66 se ensañaron con lo inocuo, se llevaron a Deira, un pintor, y le cortaron el pelo. Hoy algo comparable a ese mundo podría ser Gandhi, con Liberarte y La Plaza. Pero aquello tenía un perfil más programático y un comportamiento menos mercantilista. Yo entraba y salía de allí, vivía ahí pero me corría a la librería (y editorial) de Jorge Alvarez. Eso es lo contextual explícito, que no está en el libro. Borio, el profesor de norteamericana, por ejemplo, ha sido defraudado, traicionado por Frondizi, pero ¿para qué iba a nombrar a Frondizi? Para mí esos rasgos se hacen expresos en otro tipo de literatura de la cual uno viene, de la política."



En esos días y para aquella fauna había una mujer mayúscula: Simone de Beauvoir. "Sin dudas, Simona. Simona –asegura– era una referencia intelectual ineludible. Ella está en el libro, es breve, pero en la librería donde trabaja Claudia hay ejemplares de *El segundo sexo. El segundo sexo* fue arrollador." Sin embargo, en el relato de Viñas surge explicitada, además de Beauvoir, otra mujer. El la admite: "Sí, sí. La Negra Renée fue mujer de Masotta. Era una preciosura, tenía un estilo casi amulatado como Egle Martin. Era un tipo de mina que en ese barrio, de Callao al río y de Córdoba a Rivadavia, con el eje de Corrientes, no abundaba. Queríamos que hiciera cine y me parece que la metieron en una película". Las otras presencias femeninas, quizá más fuertes, de *Claudia conversa* permanecen anónimas: Adelaida Gigli, "aunque ya nos habíamos separado pero fue muy importante. Estaban también en ese escenario Ruth Andrada o Piri Lugones, una tipa muy a contrapelo. La más seductora, sin vueltas, era Renée".

–Salvo Adelaida, ninguna escritora...

–¿Quién, por ejemplo?

–Sara Gallardo, por caso...

–Era otro mundo, gente de *Sur*, y era otra zona, más hacia allá, más Barrio Norte.

–...o Marta Lynch.

–No, tampoco. Marta, no sé bien qué pasó con Marta durante la dictadura, pero, querida, se metió un tiro y eso no lo hizo ningún almirante. La última vez que la vi fue en el Teatro San Martín. A distancia se la veía espléndida. Vino a saludarme y le dije: "¡Qué buen lejos tenés!". Te podría conceder que hay también en esos años otra imagen de mujer, Eva Perón. En la novela, cuando van a bailar a La Argentina, ella saluda con la mano en un gesto muy de Eva Perón. El personaje de Mecha, en el fondo, es ridículo, pero tiene el vibrato del suicidio. ¿Sabés? Todo eso lo aprendimos en el cine de Antonioni: a la misma tensión social, la mujer siempre es más receptiva.

Como las mujeres, también los hombres de *Claudia...* son muchos y ninguno, a excepción de Mario Trejo, evocado cuando se resiste a la prepotencia militar insultando en francés a los que llegan a desalojarlo del Di Tella, el santuario sesentista de la vanguardia cultural. Borio, en cambio, es una alquimia "de Enrique Pezzoni, quizá, de Ramón Alcalde, que daba clases en Rosario. Para ser francos, el paradigma masculino, el equivalente a Simone en esos años era el Che, no jodamos. Ellos eran los emblemas que funcionaban".

–Pero Pezzoni era Sur.

–A contrapelo. El me hizo dar la cátedra de literatura latinoamericana. Era tan buena persona que lo clavé en setecientos dólares. Ahora voy a ver si con un poco de plata que cobro... Y Ramón Alcalde, que leía griego a libro abierto, daba unas clases de puta madre.

–Borio es un nombre raro, ¿no? Desorientador.

–Bueno, mi segundo nombre es Boris. Me decían Boria, pero Boria suena femenino.

La liebre escondida que empezaba a saltar, se arrepiente, vuelve a atrás y saca conclusiones: "Toda novela es de clave, Joyce y Dublín. ¡Imaginate los guiños! Yo podría decir que el lector ideal es una mujer que haya vivido esas experiencias y la complete. Que termine de cerrar el círculo de Mecha, contradictoria, que ha tenido un hijo por su cuenta, que al final tiene éxito en televisión pero termina rezando frente al aparato, Víctor, el homosexual que enmudece; Borio, un tramposo seductor, un traidor traicionado; Mora, para mí el ser humano más sólido; Claudia que hace su aprendizaje de vida". A esta altura, Viñas advierte que en el inventario de esa zona olvidada faltan cosas: "En ese espacio intersticial estaba el cine. El más significativo (escuchame: *Tres veces Ana*) era David José Kohon, hoy está en su casa, no filma nada. El cine eran Favio, Solanas, Vaner, Murúa (*Alias Gardelito*, una gran película). Estaba Stivel y los actores amigos. En televisión se estaba haciendo *Historia de jóvenes*. Hacia ese lado también había un nexo, como síntoma de una propuesta. Y no es por meterme por la ventana, pero se hizo *Dar la cara*. Terminaba anunciando que Fidel había entrado a La Habana y la dirigió José Martínez Suárez, el hermano de Mirtha Legrand, ¿qué te pasa?".

Al final, no obstante, la atracción de ese universo revuelto, lleno de sonidos de Gerry Mulligan, teóricos polacos, fuentes teñidas de colores, escritores tropicales, Luigi Nono y los compositores italianos, no resultó tan intensa y Claudia es centrifugada por la muerte del hermano en una provincia que se incendia. "Ese incendio es Córdoba ¿no?, es el Cordobazo." Black out.

Viñas mira el reloj, mira la antena sin las luces reglamentarias, mira los diarios de ese lunes, se acaricia el bigote y se toma un sorbo de jugo de manzana. "Era otra apuesta. Cuando leo que Sebrelli le da clases a Mirtha Legrand, ¿cuál es la propuesta cultural? ¿La Universidad de Belgrano? ¡¡Puaj!! ¿Qué modelo de intelectual? ¿El gordo O'Donnell? Como sea, ¿quién reemplaza a la vieja Victoria? ¿Amalia Fortabat? ¿Y ahora, muchachos? Es... una melancolía. Todo se ha hecho un frangollo. ¡Nooo! ¡Pará! Me quedo en mi casa y respiro con la apertura all'estero, algunas clases en Uruguay o en San Pablo. ¿Me podés esperar un poquito, hermana, que tengo que llamar a ver si cobro? Sueldo de profesor, ya se sabe..."

CALIGRAFIA
CUADERNILLOS
APRENDIENDO CALIGRAFIA

PARA E.N.E.T.
Nº 8 LETRA TECNICA $ 4,50

PARA SECUNDARIOS

Nº 1 INGLESA	$ 2,60
Nº 2 AMERICANA	$ 2,60
Nº 3 GOTICA	$ 2,60
Nº 4 REDOND. FRANCESA	$ 2,60
Nº 7 BASTARDILLA	$ 2,60

EDICIONES STRIKMAN
VENTA EN LIBRERIAS

Novedades de Marzo

LIBROS EMECÉ

GRANDES NOVELISTAS

LAWRENCE SANDERS
PLACERES PRIVADOS $ 16.-

BELVA PLAIN
VERDADES OCULTAS $ 16.-

ANNEMARIE SELINKO
DÉSIRÉE $ 30.-

GRANDES MAESTROS DEL SUSPENSO

JAMES HADLEY CHASE
EL QUE RÍE ÚLTIMO... $ 14.-

ESCRITORES ARGENTINOS

DALMIRO SÁENZ
MALÓN BLANCO $ 10.-

BIOGRAFÍAS Y MEMORIAS

BROCK YATES
ENZO FERRARI $ 32.-
EL HOMBRE, LAS MÁQUINAS, LAS CARRERAS

ECOLOGÍA

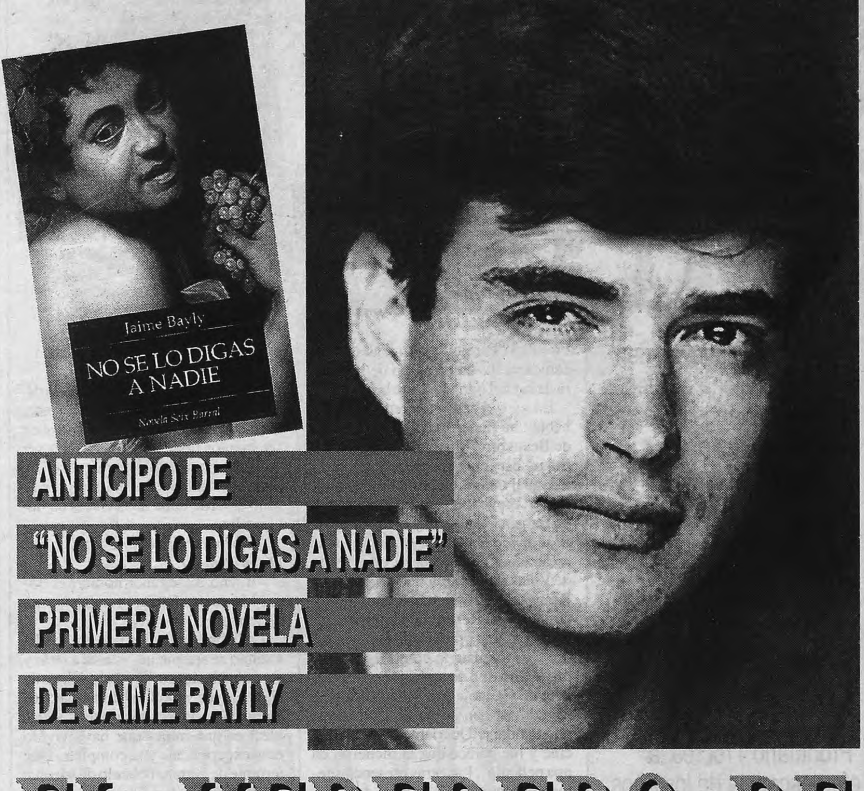
THE EARTHWORKS GROUP
NIÑOS HÉROES DE LA ECOLOGÍA $ 10.-

CIENCIA VISUAL

LINDA GAMLIN
EVOLUCIÓN $ 27,50.-

EMECÉ EDITORES

SI DESEA RECIBIR PERIÓDICAMENTE MÁS INFORMACIÓN SOBRE NUESTROS LIBROS, ESCRÍBANOS A ALSINA 2062, CAPITAL - TEL. 954-0105



ANTICIPO DE "NO SE LO DIGAS A NADIE" PRIMERA NOVELA DE JAIME BAYLY

EL HEREDERO DE PUIG

"No se lo digas a nadie", primera novela del joven peruano Jaime Bayly –que Seix Barral distribuye en estos días y aquí se anticipa– hizo rápidamente una celebridad de su autor. Elogiado por pares –según Mario Vargas Llosa, nadie describe como él "la filosofía desencantada, nihilista y sensual de la nueva generación"– y por críticos, Bayly fue comparado con Manuel Puig por el tono de folletín, los diálogos dramáticos y los coloquialismos con que se cuenta la historia de Joaquín, su padre brutal, su madre enferma de opusdeísmo y los caminos que el joven debe recorrer para poder aceptar libremente su homosexualidad.

JAIME BAYLY

Cuando Joaquín terminó quinto de primaria, Maricucha, su madre, decidió cambiarlo de colegio. Un día de verano, ella le dijo que lo había sacado del Inmaculado Corazón y que lo había matriculado en el Markham. Entonces él se puso a llorar.

–No llores, mi rey, que es para tu bien –le dijo ella, y lo abrazó.

–Yo no quiero cambiarme de colegio, mami –dijo él.

–Te va a encantar tu nuevo colegio, mi cielo –dijo ella–. Es el mejor colegio de Lima.

–Pero no entiendo por qué me sacas del Inmaculado si yo era el primero de mi clase, mami –dijo él.

–El Inmaculado no estaba a tu altura, Joaquincito –dijo ella, y lo besó en las mejillas–. Ese colegio está muy venido a menos. Eras el primero sin esforzarte nada, mi hijito.

–Pero ni siquiera me has preguntado si yo quería cambiarme de colegio, mami. No es justo que me cambies así.

–Tú todavía eres un niño, mi amor. Tu mamita sabe lo que es mejor para ti.

–Te aviso que si me cambias de colegio, nunca más voy a ser el primero de mi clase.

–No digas tonterías, mi rey. Tú has nacido para ser siempre el primero.

Joaquín corrió a su cuarto, cerró la puerta y rompió todos los diplomas que le habían dado en el Inmaculado Corazón.

• • •

Luis Felipe, el padre de Joaquín, salió de la casa y entró al carro. Era un hombre alto y robusto. No hacía mucho se había dejado bigotes. Puso su maletín en el asiento de atrás, cerró la puerta y vio que Joaquín estaba llorando.

–Deja de llorar, carajo –le dijo, con una voz ronca–. Los hombres no lloran.

Luego prendió el carro, puso las noticias en la radio y condujo rumbo a la carretera central. Ya había amanecido. Viejos camiones pasaban por la carretera a Lima. Luis Felipe manejó de prisa y en silencio. Estaba malhumorado, como casi todas las mañanas. Poco después de salir de Chaclacayo, un camión lo obligó a bajar la velocidad. En el parachoques trasero del camión había una inscripción que decía: El Vengador Solitario de Jauja. Al lado de esa inscripción había una calcomanía del Che Guevara. Luis Felipe tocó la bocina.

–Indio de mierda, mueve tu carcocha –gritó, y siguió tocando la bocina.

Un poco más allá, el camionero le cedió el paso. Antes de pasarlo, Luis Felipe bajó su ventana.

–Indio chuchatumadre, ándate a manejar una llama, mejor –gritó.

Luego aceleró y le hizo un gesto obsceno al camionero.

–Deberían fusilar en masa a todos los indios y tirarlos al río Rímac, carajo –dijo–. Así saldría adelante el Perú.

• • •

Al amanecer, los echaron de la comisaría. Era un espléndido día de verano. Pedro sugirió ir a su cuarto en Barranco, y Joaquín dijo que le parecía una excelente idea, pues no tenía adónde ir. Tomaron un taxi y fueron al cuarto de Pedro. Había un colchón en el suelo, un equipo de música, revistas viejas y un póster de Marley en la pared.

–Es la hora de las espinacas, Popeye –dijo Pedro, con una sonrisa pícara.

Luego sacó una bolsa de marihuana. Joaquín se sentó en el colchón. Pedro armó el troncho y lo prendió. Le ofreció el troncho a Joaquín.

–Dale –le dijo.

–No, gracias –dijo Joaquín.

Pedro no insistió. Siguió fumando.

–Cómo cambia todo después de un tronchito –dijo, sonriendo–. Yo ya no puedo vivir sin mis espinacas.

El cuarto olía a marihuana. A Joaquín le gustó ese olor.

–Ahora cuéntame qué hacías durmiendo en el parque –dijo Pedro–. ¿Querías que te violen o qué?

Se rieron.

–No –dijo Joaquín–. Me he escapado de mi casa.

–Somos dos –dijo Pedro.

–¿Tú también te has fugado?

–Cuando cumplí catorce. Alucina.

–¿Y ahora cuántos tienes?

–Diecisiete.

–¿Y no has vuelto a tu casa?

–Nunca. Lo jodido es aprender a vivir en la calle.

–Carajo, te admiro. ¿Y cómo te mantienes?

–Chambeando como flete, pues. Ya te dije.

–¿Y qué haces en el parque? ¿Cómo es el negocio?

–Es un negocio pendejo. Hay que tener estómago. ¿Tú cuando te has fugado?

–Ayer.

–Uy, ¿o sea que eres nuevo? ¿O sea que no tienes nada de calle?

–No, pero puedo aprender.

–No cualquiera aguanta la calle. No cualquiera.

–¿Tu crees que podría chambear en tu negocio? ¿Me podrías ayudar a conseguir una chamba, Pedro?

–¿Alguna vez te has atorado a un cacanero?

–¿Qué?

Pedro se rió.

–¿No sabes lo que es un cacanero? –preguntó.

–No –dijo Joaquín.

–Estás verde. Estás en nada.

–¿Qué es un cacanero? Enséñame a aprender, Pedro. Ganas no me faltan.

–Un cacanero es un viejo al que le gusta recibir por el culo. De ésos hay montones en Miraflores. En las noches van al parque y te levantan y te llevan abajo a la Costa Verde y les metes un viaje y después te dejan buen billete y a veces hasta se caen con un reloj o unas zapatillas. ¿Ves éstas?

Pedro le enseñó las zapatillas que tenía puestas. Eran blancas, con rayas anaranjadas fosforescentes.

–Lindas –dijo Joaquín.

–Importadas, nuevecitas –dijo Pedro–. Me las regaló uno de mis clientes cacaneros.

–¿Y cuánta plata te levantas al mes?

–Depende. No es negocio fijo. Hay noches buenas y noches malas. Pero en promedio me hago unos quinientos dólares mensuales.

–Carajo, nada mal.

–Gano más que mi viejo, alucina –dijo Pedro y se rió.

–¿En qué trabaja tu viejo?

–Es empleado público. Le pagan una mierda. Y todo el día paran haciendo huelga. Yo prefiero mi chamba como flete. Nadie me quita mi libertad.

–Claro, entiendo.

–Te digo una cosa, vivir en la calle es recontra jodido. Si quieres, quédate por mientras en mi cuarto hasta que te consigamos un hueco.

–Excelente, Pedro. Mil gracias.

–Y ahora vamos a la panadería que me cago de hambre. Esta hierba me ha dado una hambruna garrafal.

–Vamos. Pero yo no tengo un centavo.

–Yo te presto. A la noche me pagas en el parque.

–¿Con qué plata?

–Yo te voy a enseñar a hacer plata –dijo Pedro–. Con ese culito, tienes el futuro asegurado.

Se rieron y salieron del cuarto.

• • •

Sentado en una de las mesas del jardín Luis Felipe estaba tomando un trago más. Joaquín salió al jardín y se sentó al lado de su padre. No había hablado con él en toda la noche. En realidad, no había hablado con él en mucho tiempo.

–¿Qué te pareció la fiesta? –le preguntó. Luis Felipe había bebido todo lo que había podido. A esas horas, ya no podía disimular los estragos del licor.

–Todo estuvo perfecto –dijo, con una voz ronca.

Gracias a la coca que había aspirado toda la noche, Joaquín estaba más despierto que su padre.

–Me da gusto que hayas venido a la casa después de tanto tiempo –dijo Luis Felipe.

Se quedaron callados.

–Papá, hay algo que hace tiempo quiero decirte –dijo Joaquín, hablando lentamente.

Sentía la boca seca, los labios rajados.

–No me lo tienes que decir, hijo –dijo Luis Felipe–. Ya lo sé. Lo supe desde que eras chico.

Hubo un silencio. A lo lejos se oían las cornetas de un panadero.

–¿Estás avergonzado de mí, no es cierto? –preguntó Joaquín.

Luis Felipe tomó un trago. Su mano derecha tembló un poco.

–No –dijo, y tosió fuertemente–. Pero no eres el hijo que me hubiera gustado tener.

–¿Cómo te hubiera gustado que yo sea, papi? –preguntó Joaquín.

–Militar –dijo Luis Felipe, sin dudarlo un segundo–. Yo siempre quise que mi hijo mayor fuera militar.

• • •

Ella sonrió y cerró los ojos. Los dos rezaron juntos la oración al fundador del Opus Dei.

–Ahora vamos a rezarle media novena a la Virgen –dijo ella.

–No pues, mamá. No te pases.

–Media novena, mi amor. Sólo media novena. No seas malito.

–Ni media novena ni tres octavos.

–No sé por qué te me habrás torcido tanto, Joaquín. De chico eras tan pero tan piadoso.

–Lo que pasa es que ya no creo en la Iglesia, mamá. Ella abrió la boca, sorprendida.

–¿Qué has dicho? –preguntó.

–Que ya no creo en la Iglesia –dijo él–. La Iglesia tiene que modernizarse y aceptar que está equivocada en ciertas cosas.

–¿Cómo te atreves a decir que la Iglesia está equivocada? –dijo ella furiosa– ¿Como te atreves a ser tan soberbio?

–Porque yo sé por experiencia propia que la Iglesia está equivocada en ciertas cosas.

–¿Cosas como qué?

El no dudó un segundo.

–Cosas como la homosexualidad –dijo.

Ella hizo un gesto de asco al oír esa palabra.

–La posición de la Iglesia es muy clara –dijo–. La homosexualidad es un acto contranatura que ofende al Señor.

–Bueno, yo discrepo.

–¿Cómo que discrepas?

–La homosexualidad es algo muy natural, mamá.

–No digas sandeces, pues, hijito. ¿Cómo va a ser natural que dos hombres hagan cochinadas?

El se sintió ofendido. Trató de mantener la calma.

–Si dos hombres se quieren, ¿por qué es una cochinada que hagan el amor? –preguntó.

–Dos hombres no pueden hacer el amor, Joaquín. Amor existe sólo entre un hombre y una mujer. No puedo creer lo torcida que está tu mente.

El odió a su madre. Tuvo ganas de echarla de su casa.

–Eres una intolerante, una homofóbica –le dijo.

–¿Una qué? –preguntó ella, desconcertada.

–Una homofóbica.

–Ay, qué disparate, mi amor. Yo soy un poquito claustrofóbica con los ascensores y con los aviones, pero nada más.

–No puedo hablar con ignorantes como tú. Hasta mañana, mamá.

Joaquín salió del cuarto, bajó la temperatura del aire acondicionado para que su madre tuviese mucho frío, y se echó en el sofá cama. Escuchó truenos. El hombre del clima había dicho en la televisión que esa noche iba a haber tormenta.